



SINESIO  
DELGADO

ALMENDRAS

AMARGAS



A-1540

10  
P  
11

SINESIO DELGADO.

# ALMENDRAS AMARGAS



BUJOS DE CILLA

PRECIO: T. ES PESETAS



60416

2658

**ALMENDRAS AMARGAS**



SINESIO DELGADO

---

# Almendras

# amargás



---

COLECCIÓN

DE

COMPOSICIONES

EN VERSO

---

DIBUJOS DE CILLA

---

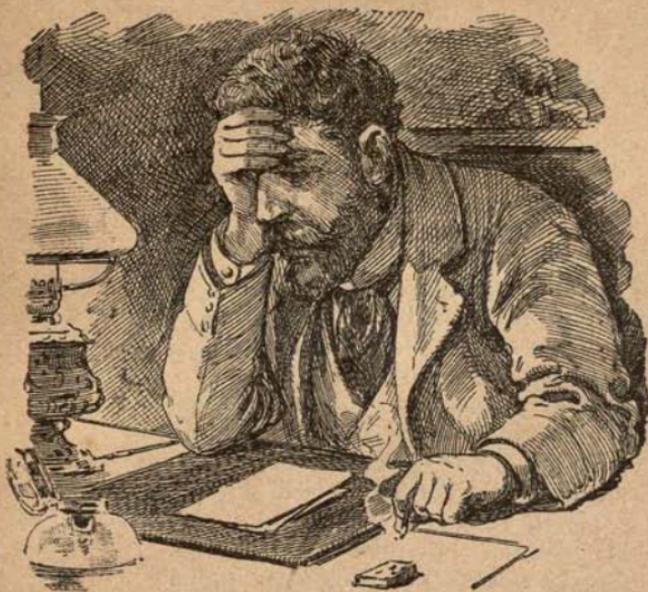
MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 16 duplicado.

1893

—  
ES PROPIEDAD  
—





## DESCORAZONÉMONOS

---

He tomado la pluma hace un momento  
y no puedo escribir, porque me siento  
en uno de esos días  
de mortal desaliento  
que solemos sufrir las medianías.

¿Hay nada más amargo  
que correr tras la trompa de la fama,  
viendo el camino cada vez más largo,  
y, al parar de repente, hacerse cargo  
de que no es á nosotros á quien llama?

¿Hay desdicha mayor que la que espera  
al infeliz que sueña con la gloria,  
al adquirir la convicción sincera  
de que se va á morir como un cualquiera,  
sin que deje ni rastro ni memoria?

El que cree, como en Dios, en su talento  
y el plomo puro se le antoja plata,  
no conoce el tormento  
de esta triste impresión de agotamiento,  
que aniquila y consume, enerva y mata.

En busca de un raudal de poesía  
el cerebro se estruja,  
y tras horas eternas de porfía  
suele brotar un hilo, que podría  
meterse por el ojo de una aguja.

Cuando ese caso llega,  
no hay entusiasmo loco ni fe ciega;  
trabaja el escritor como un cantero,  
y se lanza á la brega  
sin otras ambiciones que el puchero.

¡Ni un rasgo, ni un asunto, ni una idea!  
¡Todo líneas borrosas y confusas!  
Y ¿qué adelanta el pobre que pelea  
para ver si franquea  
los umbrales del templo de las Musas,  
si después de luchar inerme y solo  
contra el desdén perpetuo de las masas,  
oye decir á Apolo:  
¡No te molestes, hijo, que no pasas?

—  
Por eso, algunos días  
me siento en ese estado  
que solemos sufrir las medianías,  
¡y que no lo resiste el más pintado!



## LA PULMONÍA

(DESCRITA POR UN GLÓBULO ROJO)



Yo no estaba en el pulmón  
al empezar la cuestión,  
pero me hizo un compañero  
el relato verdadero  
que copio á continuación:

Ello fué porque al entrar  
por un tubo capilar  
una racha de aire frío  
se quejó del desavío  
la mucosa pulmonar;  
y se irritó de tal modo  
que, atropellando por todo,  
se puso como una fiera  
y no se encontró manera  
de arreglo ni de acomodo.

En vano el hombre quería  
castigar tal osadía  
aplicándose algodones  
y bayetas y fricciones  
al sitio que le dolía.

Los filamentos nerviosos,

que son los más fastidiosos  
que yo he visto cara á cara,  
tomaron pretexto para  
echarla de cariñosos,  
y armaron, sin más razón,  
tal belén y confusión  
de dolores y punzadas,  
que se sintió en elevadas  
regiones la oscilación.

Nosotros que, por deber,  
no hacemos más que correr  
contra nuestra voluntad,  
por pura curiosidad  
nos acercamos á ver.

Y al engrosar el montón,  
fué tal la aglomeración  
y tanta la algarabía,  
que casi no se podía  
circular por el pulmón.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha ocurrido?

Éste cuenta lo que ha oído,  
aquél lo que se figura...  
y empezó la calentura  
sin habernos entendido.

Al fin, con tanto charlar  
y agolparse y empujar  
sin sosiego ni reparo,  
se inflamó la parte. ¡Claro!  
¡no se había de inflamar!

—¡Señores! No ha sido nada  
(gritó una célula ahogada).

¡Váyanse ustedes de aquí!

—Eso quisiéramos, ¡sí!  
pero ¿dónde está la entrada?—

De repente la función  
de toda aquella región  
se suspendió en tal estado...

Era que había cesado  
de latir el corazón.

.....  
El doctor, en el instante,  
pudo dar fe en un volante,  
con su nombre y apellido,  
de que aquello había sido  
pulmonía fulminante.

Pero yo vengo á ofreceros  
testimonios verdaderos,  
y así tendréis la certeza  
de que fué una ligereza  
mía y de mis compañeros.



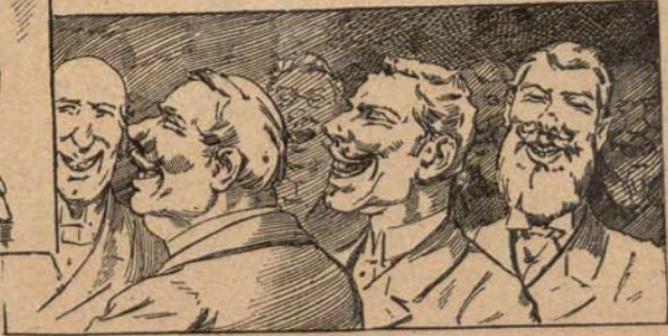


## TIPLE NUEVA



Salió á escena Dolores... ¡desdichada!  
con unas mallas de color de tierra,  
un tonelete corto, desteñado,  
y un pedazo de talco en la cabeza.  
Al ver aquella facha de cadáver,  
que adelantaba el paso con vergüenza  
y mostraba en las formas angulosas  
la terrible señal de la miseria,  
el público no pudo contenerse,  
y se rió de firme á boca llena.

Temblorosa la pobre y asustada  
llegó casi á tocar las candilejas,  
y... no vió nada más. Creyó que todo  
se había concluído para ella.  
Quiso cantar entonces, y en el cuello  
sintió como las garras de una fiera  
que las notas del tango trastornaban,  
cambiándolas en lágrimas y quejas.  
Y el público gozaba lo infinito,



y la insultaba el director de orquesta  
y... al fin, para aplaudir el sufrimiento,  
se deshizo en palmadas la tormenta.  
¡Desventurada tiple! Luchó en vano  
con los rigores de la suerte adversa;  
su madre no comía, pidió auxilio,  
y cerradas halló todas las puertas.  
Venció al fin sus escrúpulos, y un día  
corrió á un teatro y se ofreció á la empresa.  
—¿Canta usted?— No lo sé.—¿Pero se atreve  
á salir casi en cueros á la escena?  
—El hambre lo hace todo.—Pues andando.  
Y puso en los carteles: ¡Tiple nueva!

—

Visto estaba el fracaso, porque Lola  
no tiene más que huesos en las piernas,  
y el público imparcial quiere descaro,  
y si descaro no, ¡carne siquiera!



## ¡DESPERTA, FERRO!

---

Medina, que es matón, según la fama,  
vió á su dama con Mendo en la calleja,  
y le impidió el amor á la pelleja  
caer sobre el cortejo de su dama.



Ocultóse en la sombra con escama  
sacó la espada enmohecida y vieja  
y exclamó golpeándola en la reja:  
—¡Desperta, ferrol... que el valor te llama.

Y si me ayudas tú, mato á ese perro,  
cuya sola presencia me acoquina.  
—Ya que me habéis sacado, dijo el hieirro,  
llevadme de asador á la cocina;  
pero no me digáis ¡desperta, ferro!  
que el dormido sois vos, señor gallina.

Al oirlo Medina,  
dió por bueno el dictamen de la espada,  
y... Mendo se quedó sin la estocada.





## ¡LO QUE SON LAS COSAS!

---

### CARTA DE PERENGANO Á PERENCEJO

Entre la playa y la ciudad habito  
con la calma dichosa de un bendito.  
Igualmente confusos los rumores  
llegan á mí del pueblo y de las olas,  
y vivo, sin placeres ni dolores,  
con la campiña y con el mar á solas.  
Lo que aquí pase hoy será lo mismo  
que lo que ayer pasó, ó el otro día.

Esta es la explicación de mi mutismo:  
la tranquila y feliz monotonía.

—

A romper este plácido sosiego  
la semana pasada  
vino un suceso triste. La arribada  
de un vapor consumido por el fuego.  
Te diré cómo fué. ¡Qué noche hacía!  
Vertiendo su incesante espumarajo  
de rabia, el mar rugía,  
y tronaba y llovía  
como si el cielo se viniera abajo.  
En esto, allá á lo lejos,  
sobre las negras olas, de repente  
brillaron los reflejos  
de una inmensa fogata intermitente.  
Era el barco que ardía  
corriendo sin cesar sobre el abismo,  
¡moribundo sublime que se hacía  
un blandón funeral consigo mismo!  
Centenares de seres desgraciados,  
convulsos, espantados  
ante aquella desgracia ineludible,  
yacían en la proa amontonados,  
previendo una catástrofe terrible.  
Atrás, en tanto, se abrasaba todo,  
y crecía el incendio de tal modo  
que marchaba impetuoso hacia adelante  
con paso de gigante.  
Solo un hombre en la popa, fuertemente  
agarrado al timón, como un valiente  
cumplía su deber, firme, sereno,  
y guiaba al vapor en su carrera  
para ganar el puerto, si pudiera,  
ó morir en la empresa como bueno.  
Las llamas le envolvían  
y, al parecer, matándole gozaban;

azotaban su rostro si subían,  
y quemaban sus pies cuando bajaban.  
¡Figúrate lo horrible de la escena!  
¡Pero el héroe triunfó! Ninguno sabe  
por qué milagro la abrasada nave  
llegó á la playa y encalló en la arena.

¡Qué alegría y qué gritos en el puerto!  
Todos los pasajeros se han salvado...  
menos el timonel, que achicharrado  
paró en el hospital y allí se ha muerto.

Este detalle triste no ha podido  
turbar las expansiones de la playa,  
porque ya le han metido  
en la fosa común, y cruz, y raya.

Y allí descansa el hombre,  
un poco más allá del monumento  
de un bravo general, que tuvo nombre  
porque envió á morir á un regimiento.







## POESÍA AMOROSA

(PERO DE MALA INDOLE)

Eres muy guapa, Clarilla;  
tú no serás un dechado  
de virtud pura y sencilla...  
pero ¡anda! que á pantorrilla  
no te gana el más pintado.

Lo cual, en una mujer,  
representa una fortuna  
y un manantial de placer.  
Eso es lo que hay que tener,  
y lo demás es tontuna.

No faltará quien te diga  
que el alma, la educación,  
el candor, que Dios bendiga,  
son la sustancia, la miga  
que alimenta la pasión.

Lo cual es una simpleza.  
Yo soy todo un caballero  
y en cuestiones de belleza  
me quedo con la corteza,  
¡por la corteza me muerdo!  
¡Al diantre las pudorosas!  
Fe, virtud, aire contrito....  
¡Que se quiten esas cosas  
ante las curvas graciosas  
de tu cuerpo rebonito!

Eres tiple, según varios  
cartelones; has tenido  
éxitos extraordinarios.  
¡Hasta dicen los diarios  
que cantas! Yo lo he leído.

¡Ser tiple tú! ¡Ya están buenos  
mentirosos los carteles!  
En fin, eso es lo de menos.  
Tú salvarás los estrenos,  
aunque pierdas los papeles.

Con tus notas ametrallas,  
con tus frases apedreas,  
pero te pones las mallas,  
sales á la escena, callas,  
y entonces..... ¡bendita seas!

Y se comprende, Clarilla;  
el público ama lo bello,  
y aplaude tu pantorrilla  
porque no hay una quintilla  
más artística que aquello.

Todo el mundo está prendado  
de la forma, de tal modo,  
que es aforismo probado  
que *en los negocios de Estado*  
*la buena forma es el todo.*

¡Pues si el mundo se fijara  
en más que en la superficie,  
por un ojo de la cara  
no hallarías quien gozara  
del placer y la molicie!

A mí, que soy medianía,  
como cualquier barrendero,  
lo que es profundo me hastía;  
creo que hasta en poesía  
es la forma lo primero.

Porque, además, te respondo  
de que los vates *de entrada*  
que piensan mucho y muy hondo,

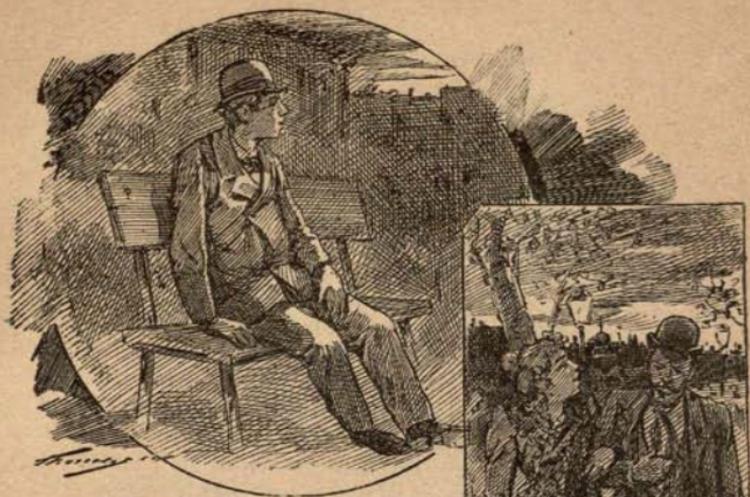
casi siempre, allá en el fondo,  
ocultan una bobada.

El exterior nos domina;  
y que te sirva de norma  
que todo el mundo se inclina,  
como yo, ante la divina  
brutalidad de la forma.

Será el decoro un tesoro,  
pero, Clarilla, es un hecho  
que sin decoro te adoro...  
¡Pues si tuvieras decoro  
buena la habíamos hecho!







## DOS CREPÚSCULOS

### I

Cuando empecé á estudiar anatomía  
allá en Valladolid, junto al Campillo  
de San Andrés, tenía  
trece años nada más. Era un chiquillo.

Un mes antes mi madre había muerto,  
y mi padre, una noche  
me sacó de la cama, mal despierto,  
me dió un hatillo y me metió en un coche.

Y al empujar la portezuela dijo:  
—Solo vas á vivir. Estudia, hijo,  
y procura romper la medianía,  
porque el término medio es tontería:  
¡ó ser rico, ó cavar! ¡corte ó cortijo!—

Meditando la frase  
llegué á Valladolid de madrugada,

dejé el lío de ropa en la posada  
y, temblando de miedo, entré en la clase.  
¡Cuántas veces, después, me habré reído  
del efecto que haría á aquella gente  
el pobre colegial recién venido,  
asustado, encogido,  
mirando al profesor devotamente!

Mis pueriles temores  
veían en la calle, en el paseo,  
presagios de desdichas y dolores,  
motivos de nostalgia y de mareo,  
y á pesar del murmullo de la gente,  
notaba en torno mío  
el silencio terrible del vacío,  
que hiela el corazón del más valiente.

Sentí que me invadía  
tenaz melancolía,  
me aturdió aquel rumor desconocido  
que llegaba hasta mí desde la Acera,  
y me senté en un banco de madera  
de la plaza Mayor, triste y rendido.

El día se acababa. Era la hora  
de amargo desconsuelo  
en que tiende la noche aterradora  
su vanguardia de sombras por el cielo.

Y me vi solo allí. ¡Solo á la puerta  
del laberinto de la suerte incierta  
que ya de ningún modo  
podría dominar! ¡Lejos de todo!  
¡Hasta más lejos de mi madre muerta!  
¡Cuánto sufrí aquel rato, Virgen santa,  
con el llanto atascado en la garganta!

## II

Volvíamos del campo el otro día  
saturados de vino y de alegría,  
formando bulliciosa caravana

cuatro ó cinco devotos de esas cosas  
y unas cuantas chiquillas muy graciosas,  
que han tirado el honor por la ventana.

Habíamos comido en la pradera  
sin trabas, ni etiquetas ni mirones,  
y, en fin, para evitarme descripciones,  
¡la tarde había sido de primera!

Traíamos no más como despojos  
de la campal batalla  
las carcajadas del placer que estalla  
y el cansancio de goces en los ojos.  
Tornábamos de prisa;  
ellas muertas de risa,  
tomándose infinitas libertades,  
y nosotros... en mangas de camisa  
y roncos de cantar atrocidades.

Se había hundido el sol. Era la hora  
de amargo desconsuelo  
en que tiende la noche aterradora  
su vanguardia de sombras por el cielo.  
Y... no sé cómo fué. ¡Cosas del vino,  
que sugiere una idea por minuto!  
Yo me vi años atrás, hecho un doctrino  
con mi ropa de luto,  
solo y abandonado á mi destino,  
con el alma oprimida  
por el dolor más grande de mi vida.  
Y entré en Madrid, más blanco que la cera  
y ahogando los suspiros en la boca,  
del brazo de mi linda compañera,  
¡que seguía riendo hecha una loca!







## FILÍPICA

Llamé á la Musa ayer. Mohino y harto  
de coplitas ligeras, sin meollo,  
burbujas de jabón que se deshacen  
y no dejan ni rastro al primer soplo,  
quise cantar al fin, romper el molde  
donde no entran lo grande ni lo hermoso  
y cambiar la bandurria del payaso  
por la trompa marcial ó el arpa de oro.  
Cedió á la invocación, pero ¡en qué estado  
se presentó la pobre ante mis ojos!  
Con la túnica blanca hecha jirones,  
tristísimo el mirar, pálido el rostro...

—¿Qué quieres?

—Que me inspire.

—¡Que te inspire, después de haberme puesto de este modo!

—¿He sido yo tal vez?

—Tú y otros cuantos, pobres orugas del jardín de Apolo, que me pedís aliento á todas horas para arrastrarle luego con vosotros.

—¡Señora!

—¡Qué señora ni qué cuerno!  
(aquí dos improperios muy sonoros).  
¿Para qué me queréis? Soy una carga que no podéis llevar sobre los hombros. La inspiración que os doy, sublime á veces, no os cabe en el cerebro huero y fofo, y trocáis en melindres femeninos la viril energía que os otorgo. Si os burláis del amor, si de las luchas de la pasión más noble hacéis jolgorio y tomáis los guijarros por montañas y achicáis entre risas lo grandioso; si vivís sin creencias, siempre haciendo chacota de la fe, burla de todo, ¿qué pretendéis cantar, que no resulte bajo, podrido y ruin como vosotros? Yo necesito gente que me crea, hombres fuertes, ingenios vigorosos, no muchachuelos cínicos y audaces á quienes sirva el corazón de estorbo. Vosotros no sentís, no tenéis alma... ¡Morralla nada más! ¡morralla todos!

.....  
Y sin decirme más, entre las sombras se fué desvaneciendo poco á poco.

## EL NICANOR

---

Yo nací... ya no me acuerdo;  
¡ni á ustés ni á mí nos importa!  
Me cogió la tía Repulgos,  
que era una vieja asquerosa  
que echaba cada responso  
que encendía la custodia...  
y me envió por las calles,  
al *aquel* de la limosna,  
pa que dijera:— ¡Hermanito,  
que tengo á mi madre coja  
y á mi padre casi ciego,  
sin qué llevarse á la boca!—  
Y el día que no entregaba  
veinte riales pa la compra,  
me ponía la cabeza  
lo mismo que una zambomba.  
Dimpués me puse á la venta  
de papeles y de historias,  
y, á fuerza de correr calles  
pregona que te pregona,  
no sacaba ni pa medio  
panecillo y media copa.  
¡Aquello era reventante,  
como hay Dios! Un día el *Rosca*  
fué y me dijo dice:—Oye,  
Nicanor, hay ciertas cosas  
que no puen ser. ¿Tú eres hombre?

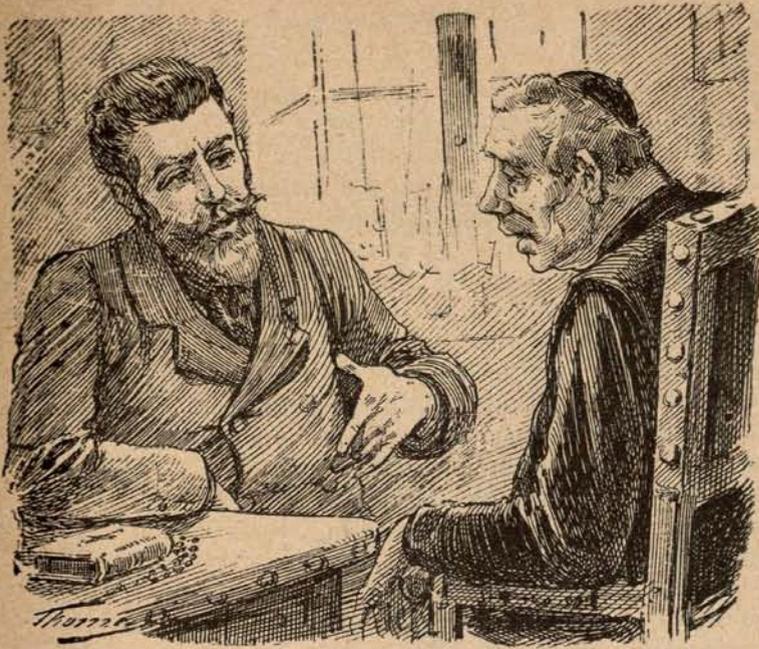
¡Pus déjate de *panoplias*  
y métete en los negocios  
que te den dinero y honra!—  
El *Rosca* me abrió los ojos,  
y dende aquel punto y hora



vivo como un señorito  
y estoy ganando la gloria.  
A veces uno anda torpe  
y se descuida, y le embocan  
en la cárcel, *por blasfemo*,  
y se está un mes á la sombra.  
¡Miá que por blasfemo! ¡Vamos

que la disculpa es guasonal  
¿Qué digo yo, cabayeros?  
Cuatro ó cinco palabrotas,  
y na más, y eso ¿qué tiene?  
¡Tamién las dicen, y gordas,  
los diputaos del Congreso  
cuando arman alguna bronca!  
Pero eso es una desgracia  
que no vale una cebolla.  
El caso es que yo me bebo  
los vasos que se me antojan,  
y si no pago, se achantan,  
y si me chiyan, no cobran;  
y yevo siempre sortijas  
pa dárselas á mi moza,  
y un duro en plata á la mano  
pa que ninguno me tosa.  
Tengo un compadre cantero,  
que es una buena persona,  
que se pasa todo el año  
tomando el sol en la obra,  
sin comer más que patatas  
y tomates y otras cosas  
*indiznas* de un cabayero,  
y me ha dicho:—¡No te corras,  
Nicanor! ¡Que en ese oficio  
te está esperando la horca!  
Trabaja, que es lo derecho...—  
Pero yo no estoy pa bromas,  
y antes que agarrar el cubo,  
me echo al pescuezo una sogá.  
Porque ¿qué es el hombre? Un bicho.  
¿Y qué es el bicho? Una cosa.  
¿Y qué es la cosa? ¡Pus eso!  
Aquí el que no corre... *vola*.  
¡Pus que trabaje el obispo,  
que tié dinero de sobra!





## EL CAMINO DEL CIELO

---

—No se moleste usted, padre Gabino, en dedicarme arengas y sermones... usted va con buen fin, pero yo opino que eso es gastar el tiempo y los pulmones. «El sendero del bien es muy estrecho, lleno de matorrales, de obstáculos enormes, colosales, donde espíritus firmes se han deshecho. La senda del pecado no es lo mismo. Ancha, florida, alegre á todas horas, oculta los horrores del abismo con velos de ilusiones tentadoras. ¡Por eso rara vez por la torcida

vía de la virtud vemos que avanza  
un alma acongojada y dolorida  
á quien sostiene sólo la esperanza;  
y en cambio en el camino del infierno  
se apiña multitud pecaminosa  
que va arrastrada hacia el suplicio eterno  
por la apariéncia aleve y engañosal»

Eso me dice usted, padre Gabino,  
sin creer que me dice un desatino.  
Ustedes, sacerdotes virtuosos,  
los que respetan su misión sagrada,  
que aunque saben que hay diablos asquerosos  
de todo lo demás no saben nada,  
suponen que esa vida licenciosa  
es una infame pero alegre vida,  
puesto que siendo fruta prohibida  
debe de ser sabrosa.

Y dicen á los fieles: «En el vicio  
hallaréis los placeres, pero abajo  
esperan las calderas del suplicio.  
El practicar el bien cuesta trabajo,  
pero luego se encuentra el beneficio.»

¡Error tremendo, padre! Usted ignora,  
porque no lo ha probado todavía,  
que un pecadillo leve de una hora  
produce un amargor que dura un día.  
Y un bien que se ha prestado ó recibido,  
una acción meritoria

deja en un corazón encallecido  
esa dulce emoción que sabe á gloria.  
Causa el mal desventuras ignoradas  
que atroz remordimiento hace secretas,  
y siempre las pasiones desbordadas  
dan mayores disgustos que sujetas.

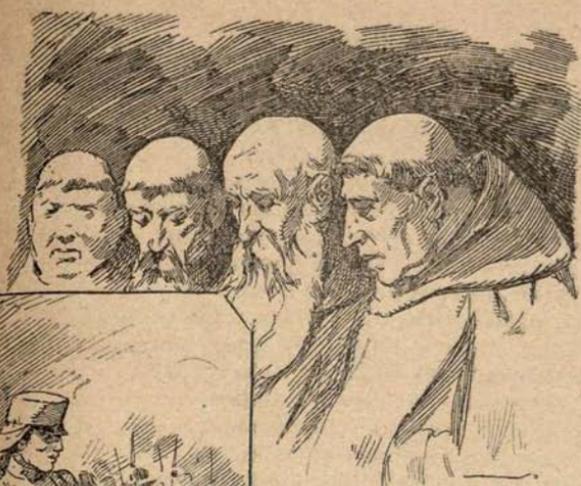
¿Y la tranquilidad del hombre honrado  
que es el supremo goce?

¿Y el desprecio hacia el tonto encanallado  
que quiere ser feliz y es desgraciado

negando una virtud que no conoce?  
¿Y el derecho á reirse del destino  
y á encontrar en las penas un consuelo  
que arranca las espinas del camino?  
¡Cállese usted, por Dios, padre Gabino!  
¡Si eso es mejor que el cielo, con ser cielo!







## EL AVE MARÍA

### I

Formado en el repecho de una loma estaba el regimiento de reserva, con las miradas fijas en el cerro y con los pies clavados en la tierra.

Los jefes y oficiales en corrillos, los soldados en filas incorrectas, y á los lados bagajes, camilleros, músicos, asistentes y cornetas.

Zumbaba en la campiña silenciosa, bañada por un sol de primavera, ese ruido de arreos militares que imita el preludiar de la tormenta.

Todo el mundo escuchaba atentamente, con mezcla de temor y de impaciencia, el lejano rumor de la batalla

que ardía al otro lado de la cuesta.

Rumor que llega allí casi perdido,  
como llegan las olas á la arena  
quejándose al romper, á poco rato  
de alzarse en alta mar grandes y negras.

Las descargas cerradas, los clarines,  
los estampidos del cañón que truena,  
los gritos, el estrépito, los ayes  
de la carga brutal á la carrera.

De pronto todo aquello se aproxima,  
se oyen las voces cada vez más cerca,  
y el fiero relinchar de los caballos,  
y el lúgubre crujir de las cureñas.

En las filas se apaga el cuchicheo,  
se agrupan por instinto los que esperan,  
y oscilan á la vez dos mil fusiles,  
cual si un temblor extraño los moviera.

Apareció en la loma un ayudante  
que se lanzó hacia abajo á rienda suelta,  
y en seguida vibró la aguda nota  
con que impuso silencio la corneta.

—Dios te salve, María,—dijo un quinto,  
como pudo decir una blasfemia,  
y mirando á los otros enseguida  
se puso colorado de vergüenza.

En lugar de soltar la carcajada,  
palidiecieron los que estaban cerca,  
y... rodó la oración, de boca en boca,  
por todo el regimiento de reserva.

—

La sencilla plegaria subió al cielo  
pura y solemne, por llevar con ella  
el llanto de las madres desdichadas  
y el amor de las pobres lugareñas.

## II

El sagrado perfume del incienso  
satura todo el aire de la iglesia,  
y los rayos de luz en las ventanas  
con los cristales de colores juegan.

En el altar mayor, entre dos cirios  
que con fúnebre son chisporrotean,  
la imagen de la Virgen se levanta,  
con manto de tisú con lentejuelas.

Allá, en las altas bóvedas, parece  
que zumba el eco de plegarias tiernas,  
murmillos de oraciones fervorosas  
acompañados de invisible orquesta.

Y en el desierto templo nada turba  
ese sosiego místico que lleva  
á pensar en la dicha de los cielos  
y en las duras fatigas de la tierra.

Todo convida á orar. Una campana  
en la espadaña del convento suena,  
y á través de la espesa celosía  
desfilan lentamente sombras negras.

Los reverendos frailes se arrellanan  
en los anchos sillones de vaqueta  
y, á juzgar por las trazas, se disponen  
á continuar la interrumpida siesta.

Pero de pronto el órgano recibe  
la caricia del viento en las trompetas,  
y llena el templo todo con sus notas  
de augusta sencillez y de grandeza.

Lamentos de contritos pecadores  
que adoran á la Reina de las reinas,  
ayes de angustia, gritos de socorro  
la cadenciosa música semeja.

Se apaga el cuchicheo, y apoyando en los anchos respaldos las cabezas, rompe á cantar el coro:— Ave, María— con voces graves, varoniles, llenas...

—  
También esta oración subió á la gloria con la del regimiento de reserva; pero ésta no pasó de los umbrales, porque San Pedro se durmió con ella.



## CONFITEOR

### I

—Padre, yo tengo un amigo  
que es un poco calavera.  
Quiere llevarme consigo  
de broma y de borrachera.

Y yo he pasado un mal año  
dudando continuamente  
entre acudir al engaño  
ó seguir siendo inocente.

—Pero ¿has vencido?

—¡He vencido!

—Pues por sola esa victoria  
tienes casi conseguido  
el galardón de la gloria.

—Sí, ya lo sé, señor cura;  
pero es que, habiendo triunfado  
y todo, se me figura  
no estar limpio de pecado.

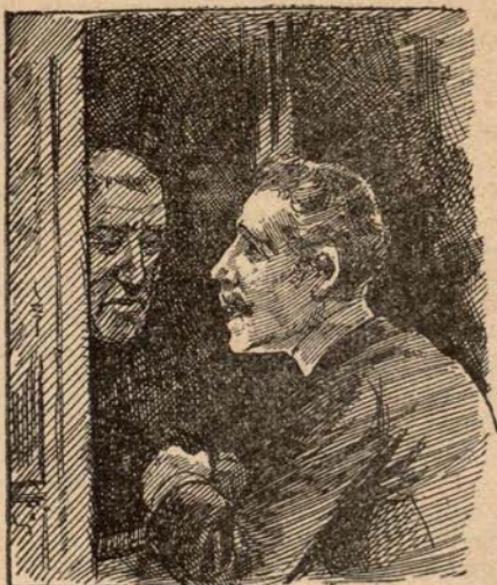
—¡Cómo es eso!

—Verá usted.

Á cada proposición  
malévola, yo logré  
resistir la tentación;  
pero á solas luego en casa  
se me escapa el pensamiento

y no sé lo que me pasa  
porque no sé lo que siento.

El alma se me recrea,  
sin querer, en muchas cosas  
de que yo no tengo idea...  
¡y me las pinta preciosas!



Veo, cerrando los ojos,  
mucha luz, muchos brillantes,  
mujeres de labios rojos,  
atrevidas, incitantes,  
que me llaman sonriendo  
para ofrecerme caricias,  
y como nada comprendo  
de esa clase de delicias,  
siento la sangre acudir  
velozmente al corazón...

¡y no me deja dormir  
la maldita tentación!  
¡Si usted viera qué tormento!  
¡Perdone usted si le digo,  
señor cura, que hasta siento  
cierta envidia de mi amigo!  
—¡Esa es muy mala señal!  
Si no consigues ser fuerte,  
caes en pecado mortal  
y el demonio va á vencerte.  
¡Es tan astuto el demonio!  
¡Piensa en tales ocasiones  
que el bendito San Antonio  
tuvo idénticas visiones!  
—Ya lo pienso y ya lo sé.  
—¡Y por celeste favor,  
auxiliado por la fe,  
salió siempre vencedor!

## II

—Señor cura, arrepentido  
vengo á confesarlo todo.  
¡Soy un infame!  
—¿Has caído?  
—He caído, ¡y de qué modo!  
—¿Tu amigo?... —Seguí sus huellas;  
¡me prometió tantas cosas!  
—¿Y qué? —Comimos con *ellas*...  
¡Si vieras usted qué graciosas!  
Eran morenas las dos,  
con unos ojos así...

—¿Y no has pensado que Dios  
no tendrá piedad de ti?

¿No meditas en la gloria  
de San Antonio bendito,  
que supo obtener victoria  
en tal caso?

—Sí, medito,  
pero es que el santo sin duda  
para el momento oportuno  
fué preparando la ayuda  
del cilicio y el ayuno.

—¡Por eso venció y fué santo!  
—¡Sí, pero no vencería  
si hubiera bebido tanto  
como yo bebí aquel día!



## LA NOCHE DE ÁNIMAS

---

(MEMORIAS DE UN MUERTO)

Por un pecado leve  
que ya no sé cuál fué, creo que un beso  
en un cutis de nieve  
que suave borla embadurnó de yeso,  
conoció el Ser Supremo mi impureza  
y me echó al Purgatorio de cabeza.

---

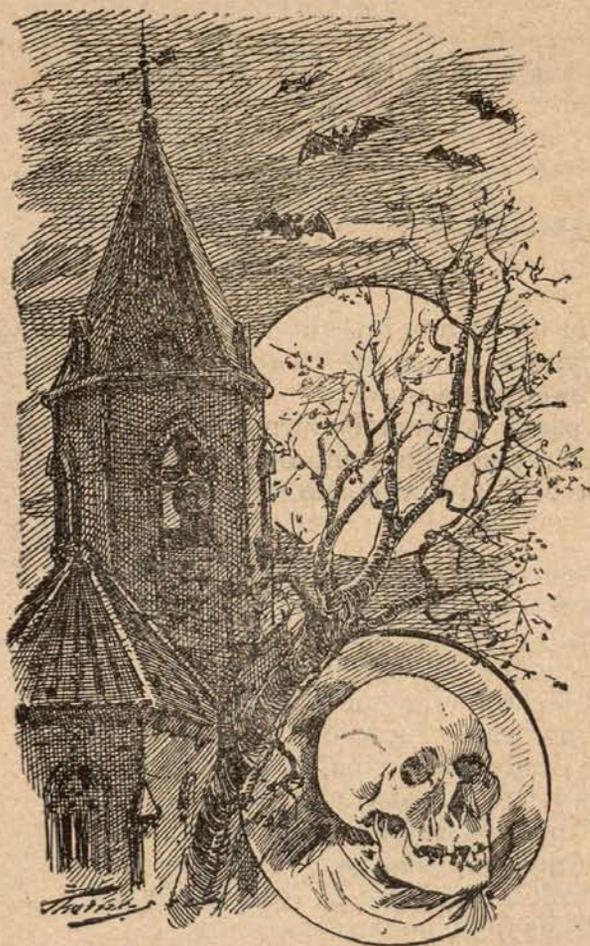
Pasaron días, meses ¡no sé cuántos!  
de torturas que el mundo desconoce,  
hasta que, al dar las doce  
de la noche del día de los Santos,  
súbita claridad, como reflejos  
del sacrosanto fuego de la gloria,  
cayó desde allá arriba, de muy lejos,  
en la triste mansión expiatoria.

Y una voz de dulcísima armonía  
nos dijo:—¡Pecadores,  
por orden del Señor de los señores  
libres os dejo hasta rayar el día!

Las almas se lanzaron á la puerta  
volando en pelotones hacia el mundo,  
y en menos de un segundo  
la inmensa cárcel se quedó desierta.

---

Subía hasta nosotros desde el suelo  
murmullo de sollozos y plegarias;



brillaban lamparillas funerarias  
como estrellas del cielo...  
¡Era nuestra la noche! Las campanas  
nos traían recuerdos expresivos

que á sus almas hermanas  
enviaban los vivos...

—  
Yo penetré en la casa que fué mía  
buscando á Estefanía,  
la fiel y dulce esposa  
que por la Virgen me juró llorosa  
morirse ella también, si me moría.

Y al acercarme al lecho,  
¡aquel lecho nupcial casi sagrado!  
me hubiera desgarrado  
con rabia el pecho, si tuviera pecho.

¡Había un hombre allí! ¡Y Estefanía  
apoyaba en su brazo la cabeza  
con esa languidez de la pereza  
que produce el amor, cuando se hastía!

Lo que pasó por mí no sé de cierto.  
¡Tan honda fué mi pena,  
que maldije mil veces la cadena  
que me impidió morir estando muerto!

—  
Bendijo aquella unión el sacerdote  
lo mismo que la mía...

Acaso la pareja se quería  
y aquel marido nuevo, aquel pegote,  
del alma del antiguo se reía...

Ocupaban mi lecho  
con perfecto derecho.

¡Aquello era legal! ¿Qué duda cabe?  
¡Pero he sufrido lo que Dios no sabe!

¡Comprended estos celos impotentes  
que golpean con látigos candentes!

¡Este suplicio eterno

en que todo consuelo es ilusorio!

¡Ay! Desde aquella noche el Purgatorio  
es para mí algo más... ¡Es el Infierno!





## INDIFERENCIA

---

La guerra preparaba sus horrores.  
Un sol de primavera  
lanzaba sus primeros resplandores  
y, agradecida al astro, la pradera  
le ofrecía el perfume de sus flores.

¡Qué hermoso estaba el día!  
En el llano y el monte parecía  
que, cantando la paz del firmamento,  
corrían por el viento  
misteriosos murmullos de alegría.

La luz se reflejaba con variados  
vivísimos cambiantes

y, al parecer, tenían los soldados  
bayonetas con puntas de diamantes.  
Comenzó el tiroteo en las guerrillas  
con ayes, maldiciones y gemidos,  
y empezó el movimiento de camillas  
para quitar de enmedio á los heridos.

Las apiñadas masas se movieron  
en orden de batalla,

sonaron las cornetas, escupieron  
 los cañones torrentes de metralla  
 y, al olor de la sangre, poco á poco  
 fué creciendo la rabia de manera  
 que se iba el más cobarde, medio loco,  
 á matar ó morir, como una fiera.

La lucha era reñida  
 y se batía de verdad el cobre.  
 Los huecos se ocupaban en seguida,  
 y en el puesto en que un pobre dió la vida  
 acudía á jugársela otro pobre.

Cuando iba á entrar en fuego la reserva,  
 dos jilgueros hablaban lo siguiente,  
 al borde de una fuente,  
 limpiándose los picos en la hierba:

—¡Hola, amigo! ¿Qué es eso?

—Cañonazos.

Son seres superiores que se baten.

—Pues por mí, que se maten.

—Pues por mí, que se caigan á pedazos.

—¡Otra descarga!

—¡Dos! ¡Anda, morena!

—¿Has bebido?

—Hace rato.

—Pues disponte

á dar un *vulecito* por el monte,  
 que la mañana, como ves, ¡es buena!





## MISTERIOS

---

Por el placer cansada, duerme tranquila  
reclinada en mis brazos mi Petronila,  
modista de sombreros, joven, graciosa,  
con dos ojos que valen cualquiera cosa.  
Ha venido á mi casa furtivamente,  
lanzándose á una empresa tan imprudente  
porque me quiere tanto, según me jura,  
que está casi á dos dedos de la locura.  
Los labios encendidos, libre el cabello  
y la frente ardorosa junto á mi cuello,  
duerme con una calma que me consuela,  
porque el remordimiento no la desvela.  
Yo la esperaba ha poco, casi convulso,  
con el alma agitada, trémulo el pulso

y deseando á ratos que no viniera,  
por si hacía el demonio que alguien la viera.  
Al fin llegó temblando, de miedo loca,  
pálidas las mejillas, seca la boca;  
en cuanto vió que estaba la puerta abierta,  
ya quería volverse desde la puerta,  
y cuando yo, muy bajo, casi al oído,  
la dije: «Pero entonces, ¿á que has venido?»  
tal impresión de espanto leí en su cara,  
que estuve por decirle que se marchara.

.....  
Mi Petronila ahora duerme sin miedo;  
ya el universo todo la importa un bledo,  
y cualquiera diría que no ha pecado  
al ver su lindo rostro tan sosegado.  
Yo, que con santa calma beso su frente,  
me digo, acariciando tranquilamente  
su blonda cabellera, sedosa y riza:  
¿Qué tendrá este pecado, que tranquiliza?





## LA CORRUPCIÓN DEL SIGLO

---

Don Facundo y su señora  
han tomado la manía  
de endilgarme cada día  
un sermón de media hora.

Y ya me cargan los dos  
con el tema socorrido  
de que el mundo está perdido  
y olvidado ya de Dios.

—¡Vea usted! (me dijo ayer  
irritado don Facundo).

¡Vea usted cómo está el mundo!

--¿Cómo está, vamos á ver?

—Como decía un doctor:  
¡Atravesando una crisis  
hasta que muera de tisis  
y... otra enfermedad peor!

La política, una farsa  
donde triunfa el más tirano,  
mientras el pueblo pagano  
hace el papel de comparsa.

Los negocios son chanchullos;  
las posiciones, compradas;  
las amistades, bobadas:  
las reuniones, barullos.

La familia, una ilusión;  
en cada casa un belén;  
siempre sospechoso el bien,  
siempre brutal la pasión.

No hablemos de honestidad  
porque eso va siendo viejo;  
puesto que el arte es espejo  
que pinta la sociedad,  
vea usted cómo está el arte  
y dígame francamente  
si una persona decente  
va tranquila á alguna parte.

En el teatro imprudencias,  
sandeces, majaderías  
que llaman pornografías  
por no llamarlo indecencias.

En los libros un conjunto  
de detalles fríos, sosos,  
cuando no son asquerosos  
el estilo y el asunto...

Pues ¿y la conversación?  
¿Puedo yo, vamos á ver,  
ir con mi pobre mujer  
á ninguna reunión?

¿Para qué, si se ha de hablar  
del novio de la vecina,

de maridos en berlina,  
de amores de lupanar;  
todo con aditamentos  
de anécdotas al oído,  
frases de doble sentido  
y chistes como pimientos?  
¡Hombre! Ni puede siquiera  
salir mi esposa á la calle,  
porque ha tenido buen talle  
y ha sido muy retrechera,  
y da la casualidad  
de que hay siempre un descarado  
que, sin ver que estoy al lado,  
la dice una atrocidad.

(Lo último es un exceso  
de la vanidad traidora,  
porque la pobre señora  
está asegurada de eso.)

—Perdone usted, don Facundo,  
dije, calmando su ira;  
aunque parezca mentira,  
voy á defender al mundo.

—¡Imposible!

—No, señor.

Ello no está bien, verdad;  
pero no veo otra edad  
en que haya estado mejor.

Larra, en distintos papeles,  
se quejaba á todas horas  
de las mujeres traidoras,  
de los amigos infieles,  
del triunfo de la osadía,  
de la política artera,  
y de que tan sólo hubiera  
honor de guardarropía.

¿Más atrás? Pues don Ramón  
de la Cruz, en sus sainetes,  
pinta tunos mozalbetes,

doncellas de relumbrón,  
manolas cuyos cortejos  
convidan á los maridos,  
el cinismo en los perdidos,  
la hipocresía en los viejos...

¿Más atrás? Lope de Vega,  
Calderón, Moreto, Rojas  
llenaron hojas y hojas  
con amoríos de pega,  
damas de virtud dudosa,  
galanteos indecentes,  
¡las aventuras corrientes  
entre el amante y la esposa!...

Pues ¿y Quevedo? ¡Pero, hombre,  
si nos deja tamañitos  
porque llama en sus escritos  
á las cosas por su nombre!

¿Más atrás? La tiranía:  
por dinero los honores,  
con queridas los señores,  
la plebe una porquería.

¿Mucho más atrás? Pues bien,  
¡Roma! la reina del mundo...  
Repáre usted, don Facundo,  
en que aquello era un belén.

La orgía, las bacanales,  
la fuerza en sus formas rudas...  
¡y las mujeres desnudas  
sobre los carros triunfales!

¿Más atrás? ¿Voy á Israel?  
Vamos. El pueblo escogido,  
que estaba tan corrompido  
que Dios no pudo con él.

Y conste que lo atestiguo  
con verdades como templos,  
¡porque está lleno de ejemplos  
todo el Testamento Antiguo!

¿Más atrás? ¡Pues aunque corra

esta sociedad perdida,  
no podrá estar en su vida  
como Sodoma y Gomorra!

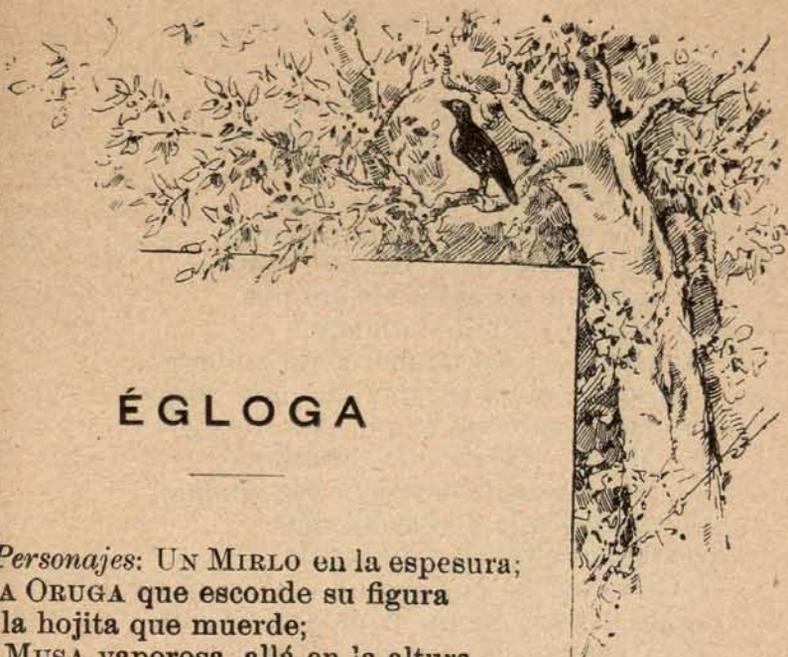
¿Y antes del diluvio? ¡Nada  
queda igual ni por asomo!  
Porque, dígame usted, ¡cómo  
estaría la jugada

cuando no pudo pasar,  
y el mismo Dios de Sión  
tuvo que echar un borrón  
para volver á empezar!

Y habiendo así terminado  
aquella broma pesada,  
me marché sin oír nada,  
creyendo dejar probado  
á don Facundo y señora,  
sobre todo á don Facundo,  
que jamás ha estado el mundo  
menos perdido que ahora.







## ÉGLOGA

*Personajes:* UN MIRLO en la espesura;  
UNA ORUGA que esconde su figura  
en la hojita que muerde;  
LA MUSA vaporosa, allá en la altura,  
y UN POETA tendido sobre el verde.

EL MIRLO (*dirigiéndose al gusano*).

—Tú que tienes la vista despejada,  
¿quién es ese animal?—Un ser humano  
que no está haciendo nada.

—¡Callad (*dice la Musa*), maldicientes!  
¡No calumniéis á un hombre de talento  
que recorre regiones diferentes  
con el rauda volar del pensamiento!  
¿Que no hace nada, ignaro?  
(*esto va con el Pájaro atrevido*).  
¿No sabes que yo amparo



á ese sujeto al parecer dormido,  
y que bullen tal vez en su cabeza  
concepciones de mágica belleza?

EL POETA (*frotándose los ojos*).

—¿Qué es eso? ¿Quién murmura  
en el fresco verjel? ¿Es, por ventura,  
el hada que soñaron mis antojos?

EL MIRLO.—No lo entiendo.

LA ORUGA.—Yo tampoco; sin embargo,  
creo que, con el tiempo, me haré cargo  
de que es sublime lo que está diciendo.

LA MUSA.—¡Miserables criaturas!

¿Cómo habéis de entender ese lenguaje,  
música celestial de las alturas  
vestida con espléndido ropaje?

LA ORUGA (*al Pajarraco*).—¿Oyes al hada?

—Me parece que ha dicho una bobada.

EL VATE (*dirigiéndose á la Musa*).

—¡Dios te bendiga ¡oh, tú! que desde el cielo  
vienes á darme inspiración infusa  
para calmar mi anhelo!

Espíritu sin fin y sin principio  
que velas en la tumba de mi madre,  
escúchame, aunque el pecho te taladre...

EL PÁJARO (*á la Oruga*).—Eso es un ripio.

EL POETA (*iracundo*).—¿Quién se atreve  
á criticar mis frases? ¡Algún necio  
que dominado por la envidia aleve  
pretende zaherirme! ¡Le desprecio!

LA MUSA.—No hagas caso  
de tanto imbécil como sale al paso;  
anda y dile tus versos á tu amada,  
que no te dirá nada...

.....  
.....  
EL MIRLO.—Dime, oruga,

¿sabes qué es poesía?

—No sé, porque me paso todo el día

sin salir de esta hojita de lechuga.

EL CÉFIRO (*al pasar como un cohete*).

—¿Por qué os metéis en discusión tan grave?

¡Ese que se ha marchado es un zoquete!

¿Qué es poesía, eh? ¡Ni Dios lo sabe!







## DIVAGUÉMOS

¿Que no hay trasmigración? Yo creo en ella.  
Si no hubiera más datos, bastaría  
el de ser una idea tan extraña  
que no puede nacer de la inventiva.

Eso es intuición vaga y remota  
como el *quid* interior que nos obliga  
á adorar á un espíritu increado  
y á creer en lo eterno de otra vida.

Además, en el cambio de envoltura  
suele quedar el *aire de familia*  
y persistir los rasgos más salientes  
y grabarse el recuerdo de las líneas.

¿No hay quien tiene los ojos de mochuelo?

¿No hay quien tiene la cara de gorila?

¿Quién no ha visto chiquillas regordetas  
que más parecen ranas que chiquillas?

Y además, esos trasgos espantables  
que en sueños nos rodean y nos miran,  
los misteriosos ruidos de la noche,  
la luz que brota y muere en la retina,

las ilusiones todas, ¿quién ha dicho  
con fundada razón que son mentira?  
¿No pueden ser retratos de otros seres,  
recuerdos de anteriores melodías,  
rayos de otras hogueras y otros soles  
que allá en el fondo de los ojos vibran...  
¡sensaciones, en fin, de la materia  
que á veces en los nervios resucitan?

Hay un punto no más en que conviene:  
todas las religiones positivas:

este punto es el centro de las almas,  
que es punto de llegada... y de partida.

Si el espíritu va de los que mueren  
á ese centro á parar, ¿será herejía  
el suponer también que de allí sale  
el que á los seres nuevos vivifica?

Y si á un hombre le toca en el reparto  
una porción de espíritu de hormiga,  
algo se acordará del hormiguero  
y será laborioso... algunos días.

Así os explicaréis perfectamente  
el hecho de encontrar en cada esquina  
un gomoso que ha sido saltamontes,  
una dama que ha sido cotorrita,

un sacristán que ejerce de lechuza,  
una moza con visos de gallina,  
un señor con ribetes de besugo  
y un sujeto que fué caballería.

Yo conozco bastantes caballeros  
con caras de personas distinguidas  
que en otra encarnación han sido moscas,  
¡y siguen siendo moscas todavía!

## ¡AY, AMELIA!

Con un lujo escandaloso  
y ese mirar descocado  
que forma el sello afrentoso  
de las reinas del pecado,  
dejando un rastro de aromas  
que me han costado el dinero  
y sonriendo á las bromas  
de tal ó cual majadero,  
con esa altivez bravía  
que tu condición te da,  
pasaste ayer, vida mía,  
por la calle de Alcalá.

Un sombrero muy bonito  
con un ala exagerada  
y el cadáver de un lorito  
con la cabeza encarnada;  
tu abrigo de terciopelo  
negro, con forros granate,  
y un *boa*, que llega al suelo,  
de color de chocolate.

Falda de seda crujiente  
que, por si acaso llovía,  
te alzabas bonitamente  
con mucha coquetería,  
para enseñar, al descuido,  
con aire provocador  
esas medias que han tejido



los diablillos del amor.

Además, sobre los guantes,  
cadenas y brazaletes,  
y un aluvión de brillantes  
en botones y corchetes.

¡Vive Dios! que nadie iba  
por la calle de Alcalá  
más vistosa y llamativa  
que el fruto de tu mamá.

Yo te vi... *pasar ligera*,  
como dice la canción,  
recogiendo por la acera  
palabras de admiración,  
y me asaltó en el instante  
una reflexión muy rara:

—Pues, señor, está elegante;  
pero me cuesta muy cara,

¡pero muy cara! Y lo malo  
es que el lujo de esta moza  
yo sólo se lo regalo,  
y es el mundo quien lo goza.

Ya sé yo que tú me quieres;  
sin embargo, he decidido  
renunciar á mis deberes  
de amante favorecido...

En otro tiempo, ¡ahí verás!  
ardiente y enamorada,  
me gustabas mucho más  
sin adornos y... sin nada.

Y hoy suspendo mis visitas,  
porque ya no me convienes  
por eso. Porque te quitas  
lo más bonito que tienes.

---



## FUMEMOS

---

La vida es un cigarro. Ya se sabe.  
Se ha dicho siempre y en distintos tonos.  
Y se fuman los hombres sus hojitas  
sin saber que se fuman á sí propios,  
los unos con papeles perfumados,  
con envoltura pésima los otros,  
y algunos en vegueros imperiales  
con su cubierta plateada y todo.  
Este sabe chupar, y saca el jugo;  
aquél no sabe, y se le acaba pronto;  
quién, por fumar de prisa, le consume;  
quién, va apurando el goce poco á poco.  
Unos encuentran fuerte su tabaco,  
otros le juzgan demasiado flojo,  
y después del placer de una chupada  
les queda el amargor á casi todos.

A cada aspiración se va gastando  
la ilusión de fumar, que es un tesoro;  
y hay quien tira el cigarro antes de tiempo  
por echarlas de listo y darse tono.  
Cuando se va acabando la colilla  
y quedan en los labios los despojos,  
¡qué pena debe dar! ¡Será una cosa  
de darse en cuerpo y alma á los demonios!  
Cada lance de amor una chupada,  
que hace daño y marea, y vuelve loco,  
chupada la esperanza que se pierde,  
chupadas los delirios del negocio,  
heroísmo, amistad, cariño, gloria...  
todo se escapa á bocanadas, ¡todo!  
Y á fumar nos obligan; ¡pues fumemos!  
Tabaco que no luce es un estorbo.  
Si se deja el pitillo y no se chupa,  
¡resulta luego que se apura solo!





## TODO EL MUNDO

AY una tontería  
en todas las cabezas arraigada,  
que crece cada día  
y hace á la humanidad muy desgraciada.

Consiste en la creencia  
de que el género humano, todo entero,  
directamente influye en la existencia  
de un solo ser, señora ó caballero.

—*Todo el mundo* me insulta y me escarnece—  
dice algún desgraciado  
que no goza la renta que merece  
porque se la ha bebido ó la ha jugado.—  
Ya nadie me saluda,  
ya todos me sonríen con desprecio,  
de mi honradez se duda,  
y unos me llaman pillo y otros necio...

Otro exclama:— Mi esposa,  
á quien yo nunca quise, por más señas,  
me ha salido indecente y asquerosa  
y me ha puesto el honor cual digan dueñas.

Por eso ya no llevo alta la frente  
ni puedo sustraerme á las hablillas,  
ni alternar con la gente  
que me mira, burlándose, á hurtadillas...  
¡La vida es imposible; ya presiento  
que voy á morir pronto!—  
—¡Ah!—le grita al momento  
el sentido común.—¡No seas tonto!  
porque ese *todo el mundo*  
que piensas que te infama á todas horas  
con desprecio profundo,  
se compone, á lo más, de cien señoras  
y otros cien conocidos  
que encuentran murmurando sus placeres,  
y tienen qué callar de sus mujeres,  
ó tienen qué callar de sus maridos.  
Y ¿qué es eso, buen hombre,  
si vas y lo comparas en seguida  
con esa multitud desconocida  
que no sabe ni el santo de tu nombre?  
¿No resulta á la postre, bien mirado,  
que nadie se ha enterado?  
Además, es seguro que esos ciento  
cuya opinión te arredra y amilana  
se ocupan de tus cosas un momento  
y te olvidan mañana...

—  
Yo conocí un sujeto muy decente  
á quien dejó su novia de repente,  
y cometió por eso la torpeza  
de pegarse un balazo en la cabeza.  
¿La querría tal vez? No la quería;  
pero tenía miedo  
de que le señalara con el dedo  
*todo el mundo*, y huía

del ridículo atroz (!) en que caía.

Y ¿qué resultó luego? Que era un bolo.  
Entre amigos, parientes y vecinos,  
doce personas lo sabían sólo,  
¡y á nadie le importaba tres cominos!





## AMOROSAS

---



### I

Estoy resuelto, Brígida, á robarte.  
Nos escapamos en el tren, ¿te enteras?  
y vamos á parar... á cualquier parte.  
Luego te dejaré donde tú quieras,  
¡porque es claro que tengo que dejarte!

### II

Defectos me parecen tus encantos  
desde que sé que los conocen tantos.

### III

No, pues si de aquella cita  
se ha enterado el Juez eterno,  
no nos salva del infierno  
ni la caridad bendita.

## IV

Los amores del alma son consejas  
que no se pueden escuchar con calma,  
porque también las viejas tienen alma  
y nadie se enamora de las viejas.

## V

Que el demonio la tienta  
me dijo Amparo;  
y yo la dije: Niña,  
¡quién fuera el diablo!

## VI

Quisiera yo saber las tonterías  
que sueña Encarnación todos los días,  
porque hay seres sencillos  
que, al soñar, no se paran en pelillos.

## VII

¿Di un abrazo á Ramona y me perdona?  
¡Pues ya empiezo á cansarme de Ramona!

## VIII

Hoy hace mes y medio que, imprudente,  
jurabas adorarme eternamente  
sentada en mis rodillas,  
y ya á mi lado te consume el tedio.  
¡Sois el mismo demonio las chiquillas!  
¡Llamáis eternidad á mes y medio!

## IX

Si dejas á tu novio  
que se propase,  
te lo ha de echar en cara  
cuando se case.

## X

He soñado, Matilde, que volvían  
las falanges aquellas  
de siervos del Korán, que nos vencían,  
y que á ti te escogían  
para el tributo de las cien doncellas.  
¡Y yo, que era soldado visigodo,  
me hartaba de reir, dormido y todo!

## XI

La constancia en amor es la celada  
que arregló con engrudo Don Quijote:  
si se la pone á prueba con la espada  
del tiempo ó el desdén... ¡se ve el pelote!

## XII

¡Qué guerra te daría  
si me volviera pulga cualquier día!

## XIII

La pasión ha matado á mucha gente,  
pero el siglo es burlón, amiga Rosa,  
y á los que caen entierra indiferente.  
Viene luego una ciencia incompetente  
y dice que se han muerto de otra cosa.

## XIV

Me ciega la pasión de tal manera  
á solas encontrándome contigo  
que, si en mí consistiera,  
volvería á perder á España entera  
por la misma razón que don Rodrigo.

## XV

Si merece el fuego eterno  
quererte más de lo justo,  
vas á llenar el infierno  
de personas de buen gusto.

## XVI

El amor material es un pecado,  
pero nadie por él se ha condenado,  
pues queda el pecador arrepentido  
en seguida de haberle cometido.

## XVII

Siempre diciendo:—¡Imprudente!  
¡Me da vergüenza! ¡No puedo!... —  
Vaya, hablemos francamente:  
tú llamas pudor... al miedo  
de que lo sepa la gente.

## XVIII

Es un cigarro la pasión, chiquilla.  
¡Con qué delicia se le prende fuego!  
Se acaba de fumar, se escupe, y luego..  
se deja en cualquier parte la colilla.

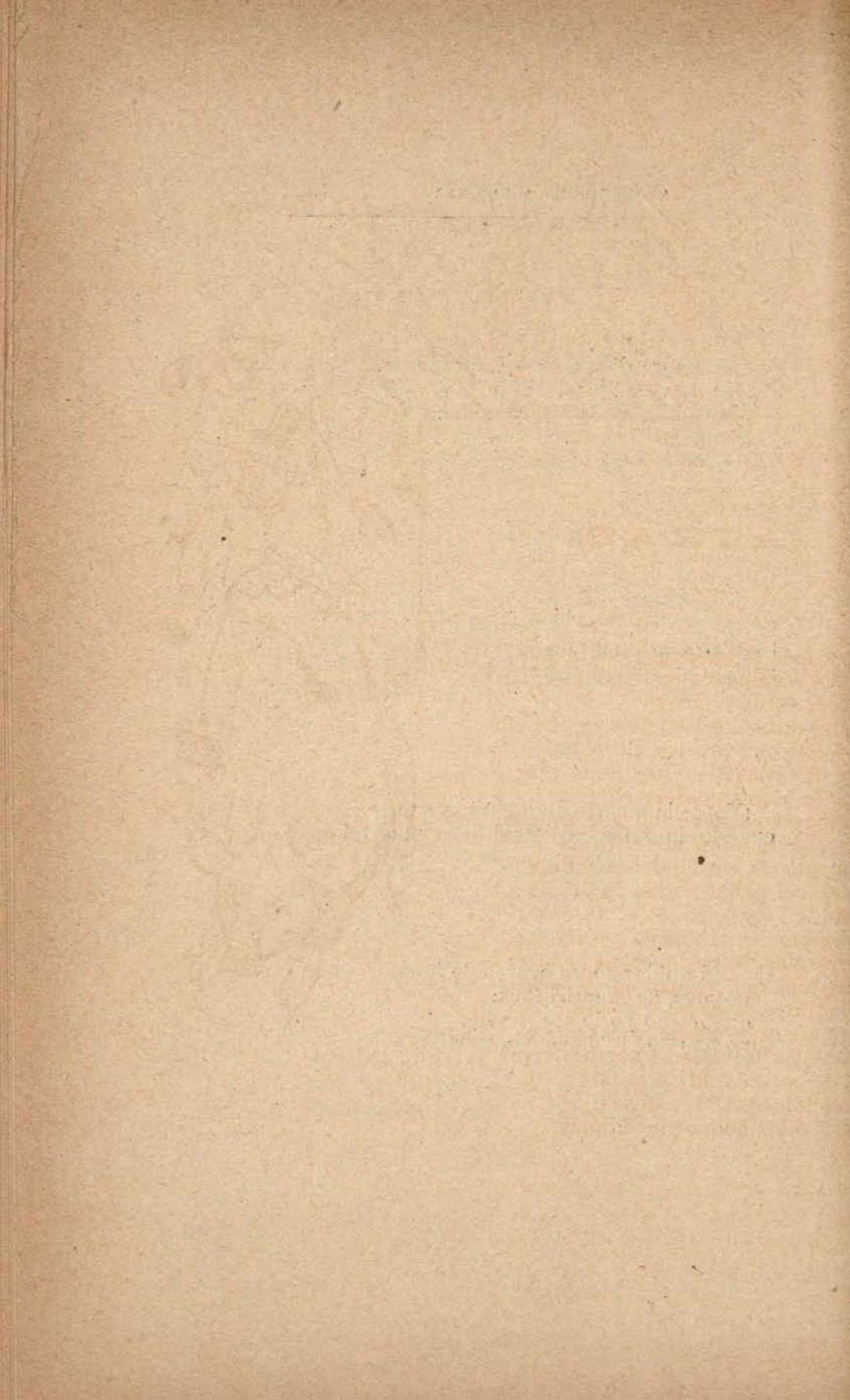
## XIX

¡Yo de la muerte envidiaré la suerte  
cuando duermas en brazos de la muerte!

## XX

Tú quiéreme un cuarto de hora  
no más, de mentirijillas;  
que, como yo le aproveche,  
no has de olvidarme en tu vida.

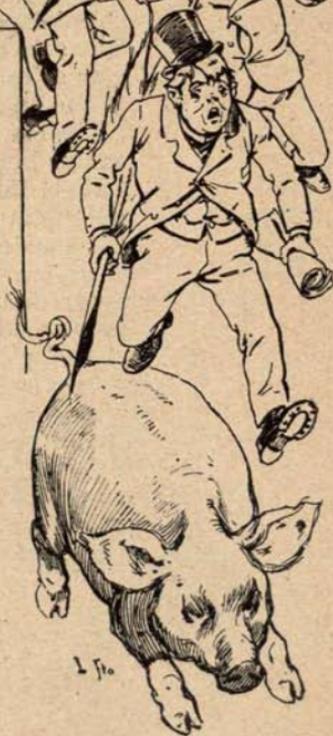






## ¡ATRÁS!

Un tropel de enemigos del idioma  
decidido á embestir por cualquier parte  
va á caer sobre el arte,  
como entraron los bárbaros en Roma.  
El *couplet* por aquí, por allí el tango,  
detrás de cada chiste una impureza...  
y sube la marea, y crece el fango  
que ahogará en inmundicia la belleza.  
Una turba de niños nos abrumba  
con la audacia sin fin del majadero;  
se salen del pañal, toman la pluma  
y dejan la vergüenza en el tintero.  
El programa es el mismo para todos:  
no hay amor, ni pasiones, ni ideales;  
no hay más que vengadoras y beodos  
con instintos brutales.  
¿Se trata con *genial* delicadeza  
de hacer la disección al hombre vivo?  
Nada de corazón, ni de cabeza:  
¡la cuestión es el tubo digestivo!  
Preferir á los buenos los idiotas,



coger del mundo lo peor que tiene  
y buscar palabrotas  
para acabar un párrafo que suene.  
¡La verdad ante todo!  
y el lenguaje más real es el grosero.  
¿No hablan los carreteros de ese modo?  
Pues ¿por qué no escribir en carretero?  
¡Copiemos la verdad! De aquí resulta  
que sólo es verdadero lo canalla,  
que se toma la musa por pantalla  
y que en lugar de discutir se insulta.  
¿Y es ése el porvenir? ¿Querrán con esto  
matar la poesía, noble, hermosa,  
bajo el falso supuesto  
de que la vida humana es sólo prosa?  
¡No puede ser! ¡Atrás, innovadores,  
si no hacéis las reformas de otro modo!  
Serán de trapo y de papel las flores,  
pero es bobada preferir el lodo.  
¡Atrás! y con la música á otra parte.  
Ni eso es literatura,  
ni por ese camino se va al arte,  
que se basa en la gracia ó la hermosura.  
Si ha de buscarse brillantez de estilo  
con cosas sucias y costumbres malas,  
¡volvamos á los tiempos de Batilo  
y á tratar de pastores y zagalas!



## AGITÉMONOS

---

¡Dichoso aquel que no ha visto  
más río que el de su patria  
y duerme anciano á la sombra  
do pequenuelo jugaba!

¡No! ¡Dichoso aquel que vuela  
raudo y libre como el águila  
y deja el caliente nido  
cuando se siente con alas!  
El barco amarrado al muelle  
se pudre sin hacer nada,  
y es lástima que se gaste  
la brea que en él se gasta.  
Tienda orgulloso las velas,  
rompa los cables y vaya  
á pasear por los mares  
la bandera de su patria.  
El que hoy se acuesta sabiendo  
lo que va á pasar mañana,  
sin ilusiones ni penas  
ni placeres ni batallas,  
nace en cama miserable  
y muere en la misma cama,  
sin que al correr de los años  
se le despeguen las sábanas,  
debe vivir abrumado  
con lo que le estorba el alma.  
Santo y bueno que se guarden  
los recuerdos de la infancia,



que refrescan el espíritu  
y aminoran las desgracias,  
pero corriendo con ellos  
tras emociones variadas  
á luchar con las pasiones,  
siempre alerta y siempre en guardia.  
¿Por qué razón es dichoso  
quien vive en perpetua calma  
y no sabe si hay más tierra,  
ni más cielo, ni más agua  
que el terruño en que se aburre  
y las nubes que le tapan  
y el arroyuelo que lame  
la puerta de su cabaña?  
¡Esa es la vida del árbol  
que crece donde le plantan,  
y sin pesar ni alegría  
cae á los golpes del hacha!  
La felicidad se encuentra  
combatiendo por lograrla,  
y hasta el vencido en la lucha  
es dichoso en su desgracia.  
No hay vida sin ilusiones  
ni placer sin esperanzas,  
y el mundo es bello, y morirse  
sin conocerlo da lástima.  
Sobre que Dios, el gran día  
en que se pesen las faltas,  
pedirá á sus criaturas  
obras, ó buenas ó malas,  
y distinguirá á los hombres  
que hicieron uso del alma  
de los que fueron pedruscos  
clavados en las montañas.

## LA MUCHEDUMBRE

---

No se sabe por qué, pero es seguro  
que cayó el presidente del Consejo  
con fama tal de sanguinario y duro,  
que se vió en un apuro  
para escapar á Francia con pellejo.

Al enterarse el pueblo de que huía  
sintió deseos de blandir el palo,  
porque la gente tiene la manía  
de arréar al que corre, bueno ó malo.

Empezaron por calles y plazuelas  
á murmurar los hombres en corrillos,  
á reir y á chillar las mujerzuelas  
y á cantar indecencias los chiquillos,  
hasta que de repente,  
y empujada por fuerza misteriosa,  
la gran masa de gente  
rompió en aullidos y avanzó furiosa.

¿Quién sugirió á la plebe soberana  
una idea feroz? No se ha sabido,  
pero la tromba humana  
cayó en la casa que habitó el caído  
y todo lo arrasó. De tal manera,  
que no dejó siquiera  
ni un cuadro, ni un papel, ni una moldura;  
el populacho es ciego  
y nada le detiene ni le apura  
si se decide á entrar á sangre y fuego.

Cayeron á pedradas  
las puertas, y guardianes y criados,  
muertos á puñaladas,  
fueron bárbaramente mutilados.



Y hasta un niño inocente, que dormía  
en su cuna preciosa  
con cortinajes de color de rosa,  
como el albor del día  
que cuando empieza á fulgurar se acaba,  
fué herido por la faca de un salvaje

que rasgó la batista y el encaje  
sin fijarse tal vez dónde pinchaba.

Surgió el incendio, se extendió imponente,  
hundióse con estruendo la techumbre,  
y lo que respetaron casualmente  
la piedra y el puñal, quedó en la lumbre.  
Entonces, harta ya, la muchedumbre  
se marchó á descansar tranquilamente.

—  
¿Quiénes son esas fieras? ¿De qué abismos  
sale esa multitud devastadora?  
De ninguno. Los hombres son los mismos  
que vemos en la calle á cualquier hora.

Y si á fuerza de estudio y de trabajo  
pudierais conocerlos, uno á uno,  
veríais que ninguno  
es capaz de matar un renacuajo.





## EN LAS ALTURAS



—¿Está San Pedro bendito?  
—¿Quién es?

—Una pecadora  
que quiere saber la hora  
de hablar á Dios infinito.  
—Pues San Pedro no está aquí;  
anda un poco constipado  
esta tarde, y me ha dejado  
en la portería á mí.  
Pero ocupo este banquillo  
con la misma autoridad  
del apóstol.

—¿De verdad?  
¡Pues es usted un chiquillo!  
—No hay que fiarse en tamaños;  
soy serafín chiquitín...

—¿Conque es usted serafín?  
Que sea por muchos años.

—Soy del coro, toco y canto.  
Vea usted el arpa de oro.

—Pues yo también soy del coro  
de los Bufos.

—¡Cielo santo!  
¿Conque compañera?

—Sí.  
Aunque indigna compañera.  
—Pues es usted la primera  
que ha venido por aquí.

—Porque yo he sido más lista que las otras, y me he dicho: «Puede que tenga el capricho Dios de ponerme en la lista.»

—No es caprichoso el Señor, y el que en pecado viniere no entrará.

—Pero si Él quiere puede hacerme ese favor.

—Pero no querrá.

—¿Por qué?

—Porque la justicia es antes.

¿Qué virtudes relevantes son las que presenta usted?

—Pues... una voz que ¡yo entiendo! y un cuerpo que da la hora.

—¡No diga usted eso, señora, que me está comprometiendo! ¡Aquí no hay voz ni hermosura que disculpe un enredijo!

—No se sofoque usted, hijo, que le va á dar calentura.

¿Quiere usted que hable formal?

Hablaré. Yo he sido atroz, porque sólo con la voz se vive bastante mal.

Una gana doce reales, si los gana, ¿y eso qué es si la piden cada mes

unas botas imperiales?

Hay que aceptar pretendientes, amar en broma y de veras, y reventar calaveras y desplumar inocentes...

Yo era buena y era honrada;

pero quise á un ciudadano

que *casi* pidió mi mano

y me jugó una trastada.

¡Pero superior!

—¿Sí, eh?

—Desapareció el maldito  
dejándome un angelito  
tan hermoso como usted.

¿Qué iba á hacer? Joven, hermosa...  
triunfé de mala manera,  
y porque el hijo viviera,  
la madre fué... cualquier cosa.  
En la escena el relumbrón,  
las mallas, el oropel...  
y allá en la guardilla, aquel  
pedazo del corazón.

¡Quién podía sospechar  
que los mimos que vendía  
me daban al otro día  
paz y dicha en el hogar!

¿Que fuí mala? En eso estamos;  
pero Dios sabe mi historia.  
Que Él me destine á la gloria  
ó al infierno. Conque, vamos,  
aquí ó allá, una de dos:  
¿me deja usted entrar, ó qué?

—Compañera, pase usted,  
¡que la ha perdonado Dios!







## EL OTRO MUNDO

Dominando los nervios, que hace días,  
en continua tensión, la paz alejan  
y á fuerza de fatiga y de trabajo  
me están poniendo como digan dueñas,  
por un esfuerzo enorme del espíritu,  
casi agotando las escasas fuerzas,  
pude dormirme al fin, con ese sueño  
ligero, inquieto y breve de la anemia.  
Un sueño trabajoso, en que la sangre  
no circula tranquila por las venas,  
y no borra las huellas del cansancio,  
sino que las ahonda y las aumenta.  
Todo vibraba en torno. Parecía  
que entre las sombras de la noche negra  
emprendían los átomos del aire



desatinada y rápida carrera.  
Y... surgieron del caos, de repente,  
figurillas extrañas, tan pequeñas  
que podrían haber muchos millones  
en el sitio que ocupa una lenteja.  
Afectaban las formas más variadas  
que ven los ojos y la mente sueña,  
gnomos, hadas, gusanos, mariposas,  
geniecillos, ondinas y sirenas...  
¡Y hablaron á la vez! Y me dijeron  
con un dejo de orgullo y de firmeza:  
—¡No queremos que duermas esta noche,  
queremos que nos oigas y nos veas!  
Te burlarás mañana de nosotros  
si nos crees, cuando pienses que despiertas,  
engendros de la fiebre, creaciones  
de tu imaginación calenturienta,  
¡y harás mal en burlarte! Porque somos  
los dueños y señores de la tierra,  
los eternos motores de la vida,  
los gérmenes eternos de la idea.  
Vivimos en los hilos invisibles,  
tenemos por cuarteles las moléculas  
y en continua labor nos agitamos  
en el vibrar sin fin de la materia.  
¿No has oído, despierto, muchas veces  
esos vagos rumores que se alejan,  
esos lamentos sordos de las sombras,  
esos hondos chasquidos de la tierra?  
Nosotros los hacemos. De ese modo  
inexplicables á vosotros llegan  
los ecos de las tumbas de los muertos  
y el ruido de las almas que revuelan...  
Nuestros son esos cantos misteriosos  
que susurran las hojas en las selvas,  
los murmullos monótonos del río,  
los rugidos del mar en las galernas.  
Os traemos la luz con nuestros cuerpos

rodamos con la sangre en las arterias,  
y del cerebro en la intrincada urdimbre  
trabajamos ocultos en las celdas.  
Vuestro orgullo satánico os engaña:  
lo que creéis ser vuestro es obra nuestra,  
los chispazos del genio, las delicias  
del amor, el suplicio de las penas...  
¡Vosotros, los gigantes, no sois nada!  
¡Lo grande está en nosotros, en la esencia!

.....  
Cesó el discurso, y al rayar el día  
se escapó bruscamente la caterva.

—  
Yo admiro desde entonces con respeto,  
como si fueran mundos, las moléculas  
que en polvillo sutil, tenues, brillantes,  
en los rayos de luz revolotean.





## A PONCIO, PERIODISTA

Es lamentable desdicha  
que una costumbre perversa  
permita á cualquier mastuerzo,  
virgen de libros y escuelas,  
ir donde nadie le llame

y hablar de lo que no entienda,  
y ponga, Poncio, en tus manos  
la palanca de la prensa.

Tú de política sabes  
lo que yo de hacer calcetas,  
y en política te metes  
y discutes los sistemas.

Si quieres, á los ministros  
les pones cual digan dueñas  
y hasta escribes con frescura  
párrafos de esos que empiezan:

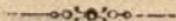
«Nosotros aconsejamos  
á su majestad la reina...»

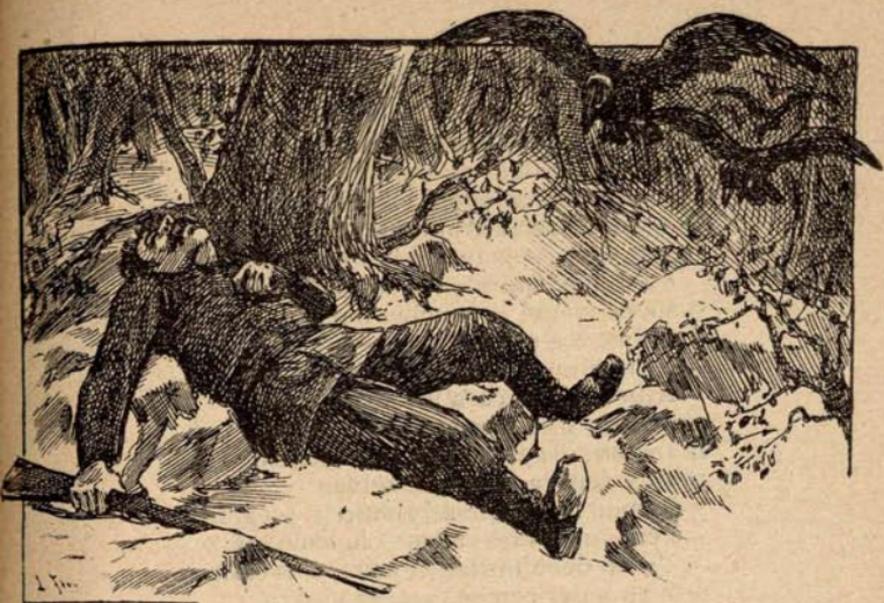
¡Y luego da risa, Poncio,  
ver lo que tú le aconsejas!

Tú no entiendes palotada  
del arte de hacer comedias,  
y acudes á los estrenos,  
y bulles, y faroleas,  
y á cambio de bombos, pides  
favores á las empresas,  
cuando no sales diciendo  
lo de «triste decadencia»



y lo de «inmunda bazofia  
de los teatros por piezas...»  
¡Ni sabes de eso palabra,  
ni hace falta que la sepas!  
Los consejos literarios  
ni se siguen ni aprovechan;  
el ejemplo es lo que cunde  
y el modelo es lo que enseña.  
Si te importa el arte, baja  
del pedestal á la escena  
y haz un juguete de esos  
que dices que hace cualquiera;  
verás, Poncio, cómo sudas  
y qué silbidos te llevas,  
que muchos Poncios bajaron  
y se oyó la grito en Cuenca.  
Tú en aritmética ignoras,  
de las cuatro, las tres reglas,  
y compones con guarismos  
desperfectos de la hacienda.  
No siendo nadie ni nada,  
deprimes, ensalzas, pegas,  
y sin ti no hay en el mundo  
bailes, banquetes ni fiestas...  
Vergüenza da que entre cuatro  
deshonréis la clase entera  
y donde sobra el ingenio  
á entrar ¡oh Poncio! te atrevas;  
que la trompa de la fama  
suene alabando simplezas  
¡y que la toquéis vosotros,  
que no valéis tres pesetas!





## EL MUERTO

---

Al pie de un matorral, sobre pedruscos,  
en lo más intrincado de la sierra,  
yace tendido un hombre, cuya sangre  
se va escapando por la herida abierta.

Tras el tupido velo de la noche,  
las rocas y los árboles proyectan  
sobre la limpia sábana de nieve  
mil espantables sombras gigantescas.

Solo está el pobre muerto, con las manos  
agarrotadas, rígidas y yertas  
clavadas al fusil, por el impulso

de la terrible convulsión suprema.

Es un carabinero. Cuando lleguen los compañeros que á buscarle vengan, le encontrarán envuelto en el sudario que le está preparando la tormenta.

Su mujer, entretanto, allá en el valle, dispone alegre la sencilla mesa y arrima los pucheros á los troncos que en el ancho fogón chisporrotean.

Alborotan la casa los chiquillos gimiendo y suspirando por la cena; la madre, despreciando la ventisca, mira y remira la lejana selva, y cuando el más hambriento le pregunta:

—Pero ¿no viene padre?—le contesta:

—Ya no debe tardar, conque, ó te callas, ó te va á dar azotes cuando vuelva.

—  
—  
¡No volverá jamás! Porque otro pobre que sale de su choza cuando nieva, para poder meter de contrabando unas cajitas de tabaco de hebra, juzgó buena ocasión aquella noche de ganarse un puñado de pesetas, tropezó con el guardia en el sendero y le metió una bala en la cabeza.

—  
—  
Allí quedó el cádaver. El delito con su manto cubrió la noche negra, ahogó el trueno los ayes de agonía, y espesos copos borrarán las huellas.

Sólo entonan grandiosos funerales  
el vendaval que silba en las cavernas  
y el indómito mar, que zumba lejos  
batiéndose furioso con las peñas.

—

Todo puede explicarse en este mundo.  
A no inventar el diablo las fronteras,  
¡maldita la importancia que tendrían  
unas cajitas de tabaco de hebra!







## DE LO VIVO Á LO PINTADO

---

García, publicista distinguido  
y escritor atildado,  
no necesita un bombo exagerado,  
puesto que es demasiado conocido.

Pinta de tal manera,  
con una observación tan verdadera,  
los tipos populares,  
que, leyendo á García, ve cualquiera  
caracteres, costumbres y lugares.

¡Qué sencillez! ¡Qué sal, Virgen María!  
Si pudiera dejar la sepultura  
don Ramón de la Cruz, envidiaría  
la fresca inagotable donosura  
del chispeante ingenio de García.

Y le decían todos:—¿No da pena  
que teniendo esa gracia de la buena,  
copiando el natural con tal salero,  
no vayas á buscar fama y dinero  
lanzándote á escribir para la escena?

La gloria teatral es tentadora,  
la multitud que aplaude dominada  
ofrece condensada  
la dicha de una vida en media hora.

Y García cedió; soñó laureles,  
pensó en el triunfo del primer estreno,  
preparó los papeles  
y quiso hacer un plan sobre el terreno.

Por lo cual, una noche de verano  
se marchó á la verbena, de trapillo,  
con un bastón de nudos en la mano  
y un duro, *pa aguardiente*, en el bolsillo.

Metióse por un corro á la ventura,  
y en cuanto vió una chica apetitosa,  
le dijo muy plantado:—Adiós, graciosa,  
¿se quiere usted bailar con este cura?

La chulapa aceptó, ¡pues ya lo creo!  
y empezó el incitante contoneo  
de ese *schotis* ceñido, tanto, tanto  
que, siendo un acicate del deseo,  
tiene de baile lo que yo de santo.

.....  
Á las pocas palabras, vió García  
que la moza tenía  
ese genial donaire sandunguero  
de la mujer *baril*, que no se cría  
más que allá por la calle del Bastero.

Socarrona y mordaz, siempre dispuesta

á vencer al contrario por la audacia,  
y que á todo contesta  
porque trae en los labios la respuesta  
que es un disparo de cañón... con gracia.

Y como aquel carácter puro y neto  
le venía de perlas á su objeto,  
García recordó que era notorio  
su don de observación para estas cosas,  
y soltó á la muchacha el repertorio  
de frases ingeniosas.

¡Qué ocurrencias! ¡qué chistes! ¡qué derroche  
de sal y de talento!

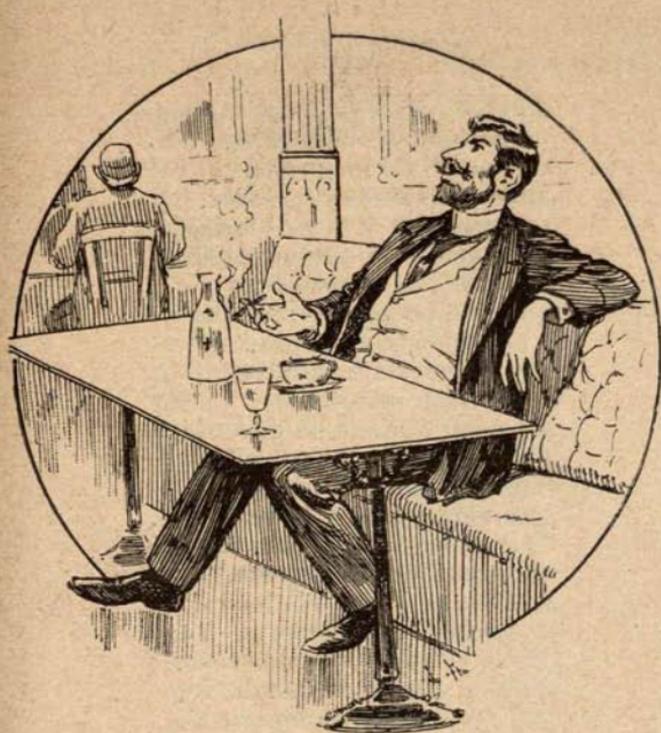
Puede decirse, en fin, que aquella noche  
estuvo el escritor en su elemento.

Su pareja mirábale asombrada,  
y cuando él la creía entusiasmada,  
le dijo secamente:—Oye, gracioso,  
¿camelitos á mí? ¡Pues no te empringues,  
que tú quiés distinguir, y no distingues  
y hueles á cien leguas á patoso!

Poco después, mohino con la *guasa*,  
pensó García al retirarse á casa:  
—Pues señor, todos dicen que he logrado  
retratar á esta gente de tal modo  
que se respira la verdad en todo...  
pero me han engañado.  
Quien me debe entender no me ha entendido,  
¡luego no está el retrato parecido!  
En la revista ó en el libro pase,  
porque lo leen personas de otra clase;  
pero si hago un sainete cualquier día  
y esa gente del corro  
ocupa como juez la galería,  
me dirá con razón que soy un porro

que no he visto Madrid ni por el forro.  
Convengo en que el aplauso enorgullece:  
pero yo, por si acaso, cojo y cierro  
mi plan con siete llaves... ¡Este perro  
no es tan fácil de inflar como parece!





## TOMANDO CAFÉ

---

Heme aquí, repantigado  
en la mullida banquetta,  
con los codos sobre el jaspe  
y un cigarrillo en la diestra,  
contemplando los vapores  
de la tacita que humea.  
Mitad café y mitad leche  
he dicho que me sirvieran,  
y creo con fundamento

